

nosotros, y que venga también vuestra mujer y vuestros hijos. Nosotros somos vuestros marineros, y por consiguiente debemos ayudaros a subir esta tarde al patio los restos de nuestro naufragio, con lo cual podréis hacer cercados, camas, mesas y demás muebles para la casa. Un día en vuestra vejez os alegraréis de dormir sosegado en medio de esas tablas que durante tanto tiempo os columpiaron en las olas...

(Se continuará.)

LA PRIMAVERA

COMPARADA CON LAS DEMAS ESTACIONES.

Estación feliz, primavera deseada: tú despiertas con tu agradable frescor, con tu fuerza atmosférica, y con tu temperatura, tú despiertas, digo, a la semilla que esparcida y olvidada se encuentra por los valles, y le haces que lozana vuelva a reproducir la planta que le diera el ser: tú que á la enmarañada mata como á el arbusto y árbol mas leñoso, que por tan largo espacio de tiempo se han visto desprendidos de sus galas, solo esperas tu venida para con tu soplo despertar de ese sueño invernal, desplegar su follaje y hacer ostentación de sus vistosos y variados colores; tú que á la naturaleza vegetal toda la das nueva vida, nuevo impulso, vigor nuevo, ¿habías de ser tan mezquina que dejaras olvidado el reino animal, en donde hay seres mas perfectos, mas provechosos y de una mas necesaria existencia en el orden físico moral? Un desconcierto general sería este que haría entorpecer esas leyes de física que tanto nos admiran. En efecto, el reino zoológico no debe quedar menos agradecido á esta bella estación; por ella los últimos seres de su escala, á manera de los vegetales, rejuvenecen y fructifican; otros salen de sus guaridas escaldadas y hambrientos, descaendo en esta época reponerse de las pérdidas que sufrieron en el largo periodo del invierno; otros deponen sus huevos, los incuban, y sus polluelos se hallan ya robustos para resistir el verano; otros despiertan de una muerte aparente, para seguir gozando su vida propia, quienes se ponen mas lozanos, mas ágiles y con una actividad mayor en todas sus funciones. ¿Y muchos otros, no esperan con impaciencia que venga este mismo tiempo para entregarse á sus amores, dar á luz á sus hijuelos, criarlos y robustecerlos antes que los abrasadores rayos del estío puedan atacar tan tiernos retoños? Unos pierden tu miserable y mal vistosa piel para cubrirse de otra: ¿y cuántas aves se engalanan con nuevas plumas que tanto las adornan y embellecen? En fin, la naturaleza toda adquiere nuevo impulso, nueva vida, nueva animación. Y así como todos los seres de la creación reciben tan prodigiosamente sus benéficas influencias de esta rica primavera, desde la semilla de organización mas simple, hasta el mas corpulento y gigantesco vegetal de tejidos y órganos los mas complejos; desde el pólipo mas sencillo hasta el animal de organización la mas complicada y cabal, ¿podremos escupear al hombre, tipo de la perfección entre los demás seres creados, de tomar parte en esta bella estación, y que no le sea la mas ventajosa, cuando es la obra maestra de la naturaleza y el punto de confluencia donde vienen á reflejarse casi todos los otros seres? De esto trataremos brevemente.

En cualquiera de los estados que consideremos al hombre, bien en el de salud, bien en el de enfermedad, no podemos menos de encontrar allí esta misma benéfica influencia primaveral: considerémosle ahora en el estado de salud, y no

nos fijemos mucho en manifestar esa bella perspectiva que ofrecen los seres naturales en esta época, en que tanto seducen y halagan los sentidos, entreteniéndonos nuestra atención unas veces, distrayendo y disipando nuestras melancolias otras, y dando una espresion mayor á nuestra vida según el lenguaje de Buffon, haciéndonos admirar las bellezas de estos naturales poco hace estériles, marchitos y casi sin vida.

Hablando de las estaciones dijo ya Celso «que es la primavera la estación mas sana de todas:» tratando de lo mismo añade Monlau «que es la primavera la juventud del año, la época de la animación, de la expansión, y del júbilo general:» casi con los mismos términos se espresan Londe y Foy, y cuantos higienistas tratan de esto. En efecto, no tenemos mas que pasar la vista por algunos de los diferentes agentes modificadores de nuestro organismo, que Galeno llamaba cosas no naturales, y estos agentes nos lo demostrarán patentemente.

El aire que nos circunda por todas partes, que en todos puntos y en todas ocasiones nos ponemos en tan íntimas relaciones con él, que es el escitante natural de los pulmones y el verdadero alimento de la respiración, se hace nocivo y produce trastornos generales y locales, luego que pierde las condiciones propias de pureza y de temperatura de que debe constar. Pues bien, así como la temperatura de la primavera es de ordinario templada, en el estío tenemos que es mucho mas elevada, y esta mayor cantidad de calorico hace que el aire, siguiendo como todos los cuerpos las leyes generales de física, por el excesivo calor se dilate, se enrarezca, y en un volumen determinado contenga menor cantidad de masa que en otra temperatura no tan alta: esto hace que en el estío en una aspiración dada, no entre la suficiente cantidad de aire que se necesita para arterializar la sangre que llega á los pulmones, y de aquí que la frecuencia de las respiraciones que entonces se producen, quiera suplir la menor cantidad de aire atmosférico que se inspira en cada una de ellas; entónces los pulmones y el corazón funcionan mucho mas que en primavera, fatigándose con un trabajo tan redoblado; por eso con facilidad en el estío nos sentimos cansados con el menor esfuerzo, estamos ansiosos como si no respirásemos completamente; el calor nos sofoca y se nos hace intolerable; el sudor es mas ó menos abundante, la presión atmosférica que hay sobre nosotros es mucho menor, todo esto hace que la fibra se relaje, la flojedad entra en nuestros tejidos, y que nos encontremos casi sin fuerzas, sin acción, indolentes, perezosos y siempre dispuestos al cansancio. Ocorre mas en el estío ordinariamente, y es que con tan elevada temperatura los cuerpos organizados que dejaron de vivir, entran facilísimamente en descomposición, produciendo gases moféticos, malos para la respiración, que se mezclan luego con el aire atmosférico impurificando la atmósfera, y dando lugar á incomodidades, que iniciando la sangre la alteran y vician.

En la primavera, por el contrario, tenemos que ordinariamente hay un equilibrio entre la temperatura del cuerpo humano y la del aire atmosférico; luego la densidad de este mismo aire es muy proporcionada, no encontrándose tan enrarecido como en verano ni tan condensado como en invierno: tampoco tenemos aquellas impurezas atmosféricas producidas por el excesivo calor, y que reduce á gases los cuerpos orgánicos que dejaron de vivir; pero en cambio tenemos el fragante aroma que nos regalan las flores, y el balsámico olor que nos prestan las lavandas y tantas otras plantas aromáticas cuyo aceite volátil contribuye á escitar nuestra sensibilidad y poner mas en armonía nuestro orga-

nismo. Por eso en este tiempo de primavera, el que disfruta de salud, puede decir verdaderamente, *circo gozando*; pues aun cuando tenga esa misma salud en el estío, no puede decir, mas que vive sano, si, pero violento, fatigoso, soñoliento; sus concepciones son lentas, su razon es poco luminosa como dice Trouseau: *Sanguinis sapientiam facit, presertim quam quam habent consuetudinem concretionem.*

No diremos mas del estío comparado con la primavera: como nuestro propósito no es otro que hacer un artículo, en el cual manifestemos, que la primavera es para el hombre considerado en estado de salud, la estación mas ventajosa de todas; nos reservamos á deducir otras razones que serian mas propias para una disertación y nos contentamos con lo dicho para no ser tan difusos, pasando luego á tratar del otoño.

No podemos ser tan severos con el otoño como con el estío; el otoño es la estación que mas suele asemejarse con la primavera; su aire, que si bien no es tan puro porque le quedan sustancias orgánicas en corrupción, sin embargo en aquella época se respira agradablemente, y muchos de sus dias se comparan con la primavera por lo templado de su temperatura, lo despejado de su atmósfera y por el buen estado interior y esterior que sentimos en nuestro organismo; á pesar de eso, en muchas ocasiones su aire contiene tambien bastante humedad, y la razon, á nuestro entender, mas concluyente de no ser tan ventajoso como la primavera, es, como dice Foy, porque el otoño es la época de las inconstancias atmosféricas: lo que se observa mas comunmente es, que la primera mitad del otoño sea muy semejante por su calor inómodo á la del estío, y su segunda participe de los rigores y crudezas del invierno. Esta inconstancia de temperatura no pasó desapercibida para el grande Hipócrates, puesto que dejó consignado en la seccion 3.^a de su aforismo 9.^o «que en el otoño las enfermedades son peligrosas: en la primavera, por ser mas saludable, no ofrecen tantos cuidados.» en el aforismo siguiente añade: «el otoño es malo para los tísicos» creo que si esta época tiene condiciones para empeorar y acabar con la vida de los enfermos, tambien puede tener condiciones para trastornar y alterar la salud de los sujetos sanos.

Del invierno, con cuánta razon los higienistas de todos los tiempos han ido repitiendo, que así como la juventud del año es la primavera, la senectud del mismo es el invierno! Esta estación marchita y sin encantos, destituida de vida y de poesía, infuenda y poco producible, que llena de miseria y de trabajos á tantas familias, que tan incómoda se hace para el pobre trabajador, y que en medio de sus precauciones el rico no se descarta de sentir sus rigores, esta estación, digo, es la menos ventajosa para el hombre sano, pues el frío de su temperatura, que mina y penetra por todas partes haciendo á todos sentir igualmente sus desagradables efectos, la poca influencia de los rayos del sol, la casi ninguna vegetación, lo excesivo del aire frío y seco en unas ocasiones, y de frío y húmedo en otras, hace que la vida no sea muy placentera en esta situación, y que con la mayor avidez deseemos salir de la noche de año nuevo, para despertar alegres y risueños, llenos de animaciones y esperanzas en la mañana de la primavera, como dice Monlau.

¿Con cuanto fundamento, decimos, es la primavera para el hombre sano la estación mas ventajosa? La autoridad, el raciocinio y la esperiencia misma están en su abono: feliz primavera que al niño robustece, al jóven fortifica, al adulto presta mas vigor, y al anciano rejuvenece y alivia de sus dolencias; feliz, repito, la época de las mañanas frescas y agradables, de los dias despejados y claros, de las tardes agradables y alegres y de las noches tranquilas y serenas: feliz por último con tu verdor, tus flores, tus aromas, tu suave frescura y la pureza de tu ambiente, pues por ella el Labrador se fatiga menos, al artesano no le cansa el trabajo, el literato con mas aprovechamiento se entrega al estudio y el poeta sublima sus inspiraciones.

F. ESTEVE Y SORIANO.

EL PEGASO BAJO EL YUGO.

POESIA DE SCHILLER, ILUSTRADA POR BETZSCH.

(Véase la pag 167.)

Al principio todo va bien; el lijero alazan se anima, galopa y lleva el carruaje rápidamente. Pero qué sucede? Los ojos vueltos hácia las nubes y faltándole la costumbre de tocar el suelo con sus pies, bien luego abandona el camino, y fiel á la poderosa naturaleza, se lanza á través de los árboles y de los pantanos, á través de los campos y de los matorrales. El mismo vértigo se apodera de los demás caballos: en vano les dan voces, las riendas son impotentes, hasta que al cabo, con espanto de todos los viajeros, el carruaje abierto y dislocado se detiene sobre la cima de una montaña.

— Esto no va bien, dijo Juan el Labrador en tono pesadumbrado, y nunca irá mejor; vamos á ver si por medio del trabajo y del ayuno podré vencer á ese animal endiablado.

La prueba se hizo; bien luego el noble alazan se quedó flaco como una sombra.

— Al fin logré lo que quería, dijo Juan; ea, manos á la obra: enganchemos ese caballo á la carreta con mi mejor buey.

Y así se hizo. Ridícula reunion, la de un buey con un caballo alado! Pegaso se sonete aunque con sentimiento é intenta un postrer esfuerzo para remontar su vuelo, pero en vano; el buey marcha con paso comedido, y el alazan de Apolo debe limitarse. Aniquilado en fin por su larga resistencia, privado de sus fuerzas y muerto de dolores, el noble animal se cae al suelo rodando en el polvo.

— Maldito caballo! esclama Juan encolerizado, y dándole latigazos; con qué no sirves para nada? He sido víctima de un tunante que me ha engañado.

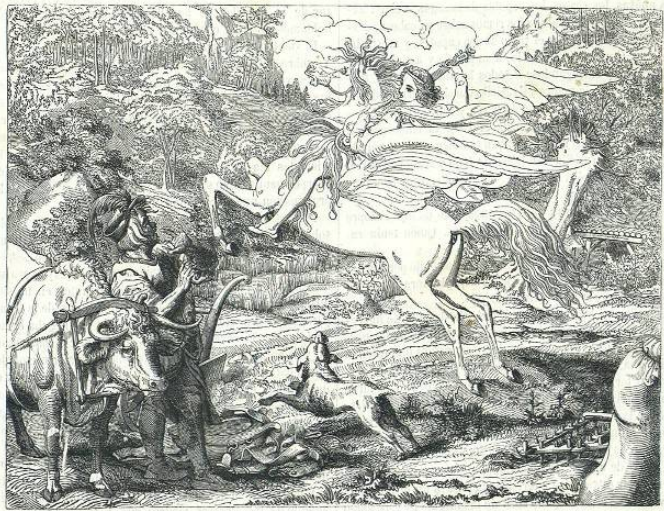
Mientras exhala su rabia de este modo, un guapo mozo pasa alegremente por el camino; en sus ágiles dedos resuena un laúd, y una cinta de oro adorna su rubia cabellera.

— Qué piensas hacer con esa extraña pareja, amigo mio? preguntó al campesino. Qué idea has tenido de unir al mismo yugo al buey y al pájaro? Confíame algunos instantes tu caballo, y te prometo que verás grandes maravillas.

Desnucido el hipogrifo, el jóven le monta riéndose; pero apenas el alazan siente la mano segura del amo, cuando se estremece, se levanta y brilla en sus ojos un relampago. Ya no es aquel animal muerto de fatiga, es un alazan regio, un espíritu, un Dios que se lanza majestuosamente al soplo de la tormenta, que camina hácia el cielo, y en tanto que las miradas le buscan todavía, se cierne en las regiones de los aires.



(El Pegaso



bajo el yugo.) (Véase la página 167.)

GRAZIELLA.

POR

M. A. DE LAMARTINE.

(Véanse las páginas 181, 188 y 194.)

— Nos servirán para hacer nuestro fétetro, murmuró sorridamente la pobre abuela.

Sin embargo se levantaron y nos siguieron todos bajando lentamente las escaleras de la costa; pero se conocía que el aspecto del mar y el ruido de las olas les hacían daño. No trataré de describir aquí la sorpresa y la alegría de aquellas buenas gentes, cuando desde lo alto del descansillo de la escalera, descubrieron la hermosa embarcación nueva, brillando a los rayos del sol y traída a seco sobre la arena, al lado de los restos de la antigua: cuando mi amigo les dijo: «Vuestra es!» todos cayeron al suelo de rodillas, como heridos de un rayo, cada cual sobre el escalón en que se hallaba para dar gracias á Dios, antes de hallar palabras para darnoslas á nosotros. Pero su gozo nos bastaba.

Levantáronse á la voz de mi amigo que les llamaba, y corrieron detrás de él hacia el barquichuelo: al llegar á él dieron una vuelta en torno suyo con el mayor respeto, como si hubiesen temido que aquello fuese un sueño fantástico que podía desvanecerse. Después se acercaron un poco más y se atrevieron á tocarla llevando enseguida á su frente y á sus labios la mano que la había tocado, y por último lanzaron mil exclamaciones de admiración y de alegría, y asándose de las manos en cadena desde la abuela hasta los más pequeños, se pusieron á bailar en torno de ella.

Beppo fué el primero que se atrevió á entrar: en pie sobre la proa, iba sacando todo el aparato que estaba dentro: el ancla, las cuerdas, las pipas con cuatro asas, las hermosas velas nuevas, los costos, los capotes de mangas anchas: hacía sonar el ancla, levantaba los remos sobre su cabeza, desplegaba las velas, tocaba el paño de los capotes, y mostraba todas esas riquezas á su abuela, á su hermana y á su hermana dando gritos y entregándose á todos los delirios de la felicidad. El padre, la madre y Graziella lloraban dirigiendo alternativamente sus miradas á la barca y á nosotros.

Los marineros que habían llevado allí la embarcación, ocultos detrás de las rocas, lloraban también; todo el mundo nos bendecía. Graziella con la frente baja y más seria en su gratitud, se acercó á su abuela y la oyó murmurar señalándonos con el dedo:

— Y decíais que eran unos paganos! Yo os dije siempre que no podían ser más que unos ángeles. Quién tenía razón?

La anciana se arrojó á nuestros pies y nos pidió perdón por haber tenido tales sospechas. Desde aquella hora nos quiso tanto como quería á su nieta ó á Beppo.

Despedimos á los marineros de Prócida después de haberlos pagado los tres zeques convenidos. Cada uno de nosotros se apoderó de una parte de los utensilios que estaban en la barca, para llevarlos á la casa, en vez de llevar los restos de su fortuna, como ellos habían pensado. Por la tarde después de la cena, á la luz de la lámpara, Beppo descolgó de la cabecera de la cama de su abuela el pedazo de tabla en donde su padre había esculpido la imagen de san Francisco, la igualó con una sierra, la limpió con su cuchillo y la pintó de nuevo, proponiéndose el incrustarla al día siguiente en la estrechidad interior de la proa, á fin de que en la nueva barca hubiese alguna cosa de la antigua. De este modo os pueblos de la antigüedad, cuando elevaban un templo

en el mismo terreno en que había habido otro, cuidaban de introducir en el nuevo edificio los materiales ó al menos una columna del antiguo para que hubiese algo de viejo y de sagrado en el moderno, y para que aun el mismo recuerdo grosero tuviese su culto y su prestigio para el corazón entre las obras maestras del nuevo santuario. El hombre es idéntico por todas partes. Su naturaleza sensible tiene los mismos instintos tráese del Partenon, de San Pedro de Roma ó de una pobre barca de pescador sobre un escollo de Prócida.

Aquella noche fué quizá la más feliz de todas las noches que la Providencia hubo destinado á aquella casa desde que salió de la roca, hasta que caiga en polvo. Por fin nos dormimos á las ráfagas de viento en las olivas, al ruido de las olas en la costa y á los resplandores de la luna que barrido en nuestra azotea. Al despertarnos, el cielo estaba harrido como un cristal, y la mar oscura y manchada de espuma como si el agua estuviese ya vencida de velocidad y de cansancio. Pero el viento más furioso seguía mugiendo. El polvo blanco que las olas acumulaban sobre la punta del cabo Misena se elevaba más alto que la vispera, sumergiendo toda la costa de Gumes en un flujo y reflujo de bruma luminosa que no cesaba de subir para volver á caer luego. Ninguna vela se descubría en el golfo de Gaeta ni en el de Baia. Las golondrinas de mar rozaban la espuma con sus blancas alas, única ave que tiene su elemento en la tormenta y que grita de gozo durante los naufragios, como esos habitantes malditos de la Baía de los Muertos que van á buscar su presa en los buques que zozobran.

Nosotros esperábamos, sin decirnoslo, una alegría secreta, por hallarnos encerrados de aquel modo por el mal tiempo en la casita y en la viña del viejo pescador. Esto nos daba tiempo para saborear nuestra situación y para gozar de la felicidad de aquella pobre familia á la cual nos habíamos adherido como unos niños.

El viento y la mar nos retuvieron allí doce días enteros. Yo sobre todo habría deseado que la tormenta no se acabase nunca y que una necesidad involuntaria y fatal nos hiciese pasar algunos años donde nos hallábamos cautivos. Y sin embargo nuestros días transcurrieron bien insensibles y monótonos, lo cual es una prueba de lo poco que basta para ser feliz cuando el corazón es joven y goza de todo. Así los alimentos más sencillos sostienen y renuevan la vida del cuerpo cuando están sazonados por el apetito y cuando los órganos son nuevos y se hallan sanos...

Despertarnos cuando las golondrinas comenzaban á volar sobre la azotea en donde habíamos dormido; oír la voz infantil de Graziella que cantaba calladito en la viña por no despertar á los extranjeros; bajar rápidamente á la playa para sumergirnos en la mar y nadar algunos minutos en un sitio apartado cuyas finas arenas brillaban á través de la transparencia de un agua profunda, y adonde no llegaba el movimiento de la marea; volvernos lentamente á casa secando y calentando al sol nuestros cabellos y hombros mojados por el baño; almorzar en la viña un pedazo de pan y de queso añejo que la joven nos traía y que partía con nosotros; beber el agua fresca y hermosa de la fuente, cogida por ella en una cantarilla de barro oblonga que inclinaba sonrojándose sobre su brazo mientras nuestros labios se pegaban á la boca; ayudar después á la familia en los pequeños trabajos rústicos de la casa y del jardín; levantar por algunos sitios el cercado que rodeaba la viña; limpiar aquello de las gruesas piedras que habían rodado en el invierno hasta las cepas, y que impedían el poco cultivo que

se necesitaba; llevar al granero las gruesas calabazas amarillas que una sola bastaba para cargar á un hombre; cortar enseguida sus filamentos que cubrían la tierra con sus largas hojas y que enredaban los pies de los que pasaban; trazar entre cada hilera de cepas bajo los emparrados, una pequeña charca en la tierra seca, para que el agua de la lluvia se reuniese allí por sí misma y las regase siempre; fabricar para el mismo uso una especie de pozos en forma de embudos al pié de las higueras y de los limoneros, tales eran nuestras ocupaciones matinales, hasta la hora en que el sol caía á plomo sobre el techo, sobre el jardín y sobre el patio, y nos obligaba á buscar el abrigo de los emparrados. La transparencia y el reflejo de los pámpanos tenían las sombras flotantes de un tono fuerte casi dorado.

II.

Entonces entraba Graziella en la casa para hilar junto á su abuela ó para preparar la comida; en cuanto al viejo pescador, pasaba los días enteros con Beppo á orillas de la mar introduciendo en la nueva barca los perfeccionamientos que su pasión por su nueva propiedad le inspiraba, y probando las redes al abrigo de los escollos: siempre nos traían para comer alguna langosta de mar ó algunas anguilas con las escamas más brillantes que el plomo acabado de fundir. La abuela las mandaba freír con un aceite que la familia conservaba según la costumbre del país, en el fondo de un pocito practicado en la roca, y cerrado con una gruesa piedra que tenía un anillo de hierro. Algunos pepinos fritos también y cortados en rajan en la sartén, y algunos mariscos frescos como almejas que llaman *frutti di mare*, manisan-aquella frugal comida, y era la principal y la más suculenta de todas las que diariamente hacíamos. Los postres se componían de uvas moscateles en largos racimos amarillos, cogidos por la mañana por Graziella, conservados con sus hojas entre los pámpanos, y servidos en canastillos de mimbrera trenzados. Un poco de hinojé verde y crudo empapado en especia y cuyo olor de anís perfumaba los labios y alienta el corazón, nos servían de licores y de café, según el uso de los marineros y de los campesinos de Nápoles. Después de la comida mi amigo y yo íbamos á buscar algún rincón cómodo y fresco desde donde se descubriera la mar y la costa de Baia, y pasábamos mirando y leyendo las ardientes horas del día hasta las cuatro ó las cinco tarde.

No habíamos salvado de las olas más que tres volúmenes incompletos, y eso porque no se hallaban en nuestra mala de marinos cuando la echamos á la mar. El primero era un libro italiano de Ugo Foscolo titulado *Cárta de Jacobo Ortiz* especie de Werther medio político y medio novelesco, donde la pasión de la libertad de su país se halla mezclada en el corazón de un joven italiano, con su pasión á una hermosa veneciana. El doble entusiasmo alimentado por ese doble fuego del amante y del ciudadano, enciende en el alma de Ortiz una fiebre cuyo acceso, demasiado fuerte para un hombre sensible y enfermizo, produce por último el suicidio. Este libro copia literal, pero fuerte y luminosa del *Werther* de Goethe, estaba entonces muy en voga entre todos los jóvenes que alimentaban como nosotros en su alma ese doble sueño de los que son capaces de soñar en alguna cosa grande, á saber: el amor y la libertad.

La policía de Murat y de Bonaparte proscibía al autor de

este libro, que tenía por asilo el corazón de todos los patriotas italianos y de todos los liberales de la Europa; y el libro tenía por santuario el pecho de los jóvenes como nosotros, que le ocultaban para aspirar mejor sus máximas. Los otros dos volúmenes que habíamos salvado, eran el uno *Pablo y Virginia* de B. de Saint-Pierre, ese manual del amor primitivo, libro que parece una página de la infancia del mundo arrancada á la historia del corazón humano y conservada pura y humedecida de lágrimas contajosas para los ojos de diez y seis años.

El último era un volumen de Tácito, páginas manchadas de sangre y de vergüenza, pero donde la virtud heroica armada con el buril y la aparente impassibilidad de la historia, inspira á los que la comprenden el odio á la tiranía, el amor á los grandes sacrificios y la sed de las muertes generosas.

Esos tres libros correspondían casualmente con tres sentimientos que ya anticipadamente hacían vibrar entonces nuestras almas; el amor, el entusiasmo por la emancipación de la Italia y de la Francia, y por último la pasión por la acción política y por el movimiento de las grandes cosas (cuya imagen nos presentaba Tácito y á las cuales acostumbraba nuestras jóvenes almas, á beneficio de la sangre de su pincel y del fuego de la virtud antigua. Estas lecturas eran interrumpidas de largos silencios y de algunas exclamaciones que lanzábamos ambos al mismo tiempo, y que eran en nosotros como el comentario prematuro de nuestras impresiones, que se llevaba el viento con nuestros sueños.

A veces nos colocábamos nosotros mismos por el pensamiento en una de aquellas situaciones ficticias ó reales que el poeta ó el historiador acababan de contarnos; nos formábamos un ideal de amante ó de ciudadano, de vida oculta ó de vida pública, de virtud ó de dicha, complaciéndonos en combinar esas maravillosas casualidades, esos tiempos de revolución en que los hombres más oscuros se revelan á la multitud gracias á su genio, y que están llamados como por sus nombres, á combatir la tiranía y á salvar á los pueblos y que después víctimas de la instabilidad y de la ingratitude de los hombres, se ven condenados á morir en el cadalso, en presencia de un tiempo que les desconoce y á las puertas de una posteridad que los vengna.

No hubo papel, por heroico que fuese, que no se hallase en nuestras almas al nivel de las situaciones. Nosotros nos preparábamos para todo, y si un día la fortuna no realizaba esas grandes pruebas en las cuales nos precipitábamos por el pensamiento, nos vengábamos de antemano burlándonos de ella. Teníamos en nosotros mismos este consuelo de las almas fuertes: que si nuestra vida habla de ser inútil, vulgar y oscura, sería porque la fortuna no nos sería propicia, y no porque nosotros dejásemos de estar dispuestos para acudir á donde nos llamara.

Cuando caía el sol dábamos largos paseos por la isla, que atravesábamos en todos sentidos. Ademas íbamos al pueblo próximo para comprar pan y las legumbres que faltaban en el jardín de Andrés, trayendo á veces un poco de tabaco, que era el *opio* de ese marino. De este modo volvíamos ya de noche, con los bolsillos y las manos llenas de nuestras modestas munificencias. La familia se reñía por la noche, sobre el techo que llaman en Nápoles el *astrico*, mientras venía el sueño; nada puede imaginarse más pintoresco en las hermosas noches de ese clima, que la escena del astrico, alumbrada por los claros rayos de la luna.

En aquellas campañas, una casita baja y cuadrada parec un pedestal antiguo, sosteniendo grupos vivos y estatuas

animadas. Todos los habitantes de la casa suben allí, se mueven ó se sientan en actitudes diferentes, y la claridad de la luna, ó los resplandores de la lámpara proyectan y dibujan sus perfiles sobre el fondo azul del firmamento. Allí la madre hila, el padre fuma en su pipa de barro con tubo de caña, los muchachos se ponen de codos en el pretil y cantan en largas notas sostenidas esos cantos marinos ó campesinos cuyo acento prolongado ó vibrante, se parece al sonido que despide la madera movida por las olas impetuosas, ó á la chillona vibración de la cigarra al sol; por último se ven también allí las jóvenes con sus basquiñas cortas, sus corpiños verdes con galones de oro ó de seda y sus largos cabellos negros, envueltos en un pañuelo sujeto á la nuca con gruesos nudos para preservar del polvo sus cabellos.

A veces bailan solas y otras con sus hermanas; una toca la guitarra, y otra alza sobre su cabeza una pandereta con cascabeles. Estos dos instrumentos, el uno quejumbroso y ligero y el otro monótono y sordo se acuerdan maravillosamente para producir sin arte ninguno las dos notas alternativas del corazón del hombre, á saber: la alegría y la tristeza. Noches enteras se oye en el verano en casi todos los techos de las islas ó de la campiña de Nápoles y aun en las barcas, ese concierto aéreo, que persigue al oído por todas partes, desde el mar hasta las colinas, parecido á los zumbidos de un insecto mas nacido con el calor de aquel hermoso cielo. Y ese pobre insecto es el hombre, que canta algunos días delante de Dios su juventud y sus amores, y se calla despues para siempre. Nunca he podido oír esas notas en los aires desde lo alto de los *astricots*, sin detenerme y sin sentir que el corazón se me oprimía, próximo á estallar con un gozo interior, ó como una melancolía superior á mí.

Esas eran también las actitudes, las músicas y las voces en la azotea de la casa de Andrés. Graziella tocaba la guitarra, y Beppino pegando con los dedos en el tamborcillo que había servido en otro tiempo para dormirle en su cuna acompañaba á su hermana. A pesar de que los instrumentos eran alegres, y todo allí respiraba la alegría, las tocatas eran tristes, y las notas lentas y raras conmovían profundamente las fibras doloridas del corazón. Así sucede en todas partes con la música cuando no es un vano juego de oído, sino un jemido armónico de las pasiones que se exhala del alma por la voz. Todos sus acentos son suspiros, todas sus notas llevan lágrimas con el sonido. Jamás puede pegarse un poco fuerte en el corazón del hombre, sin que resulten lágrimas, tan triste es en el fondo nuestra naturaleza!

Aun aquellas veces que la joven se levantaba modestamente á nuestras instancias para bailar la tarantela acompañándose con el tamborcillo de su hermano, y que arrastrada por el estremado movimiento de ese baile nacional, daba vueltas sobre sí misma, con los brazos graciosamente levantados, imitando con sus dedos el sonido de las castañuelas y precipitando los pasos con sus pies desnudos, como gotas de lluvia sobre la azotea; aun entonces, había en el aire, en las actitudes, y aun en el frenesí de aquel delirio en acción, algo de serio y de triste, como si toda alegría no fuese más que una demencia pasajera, y como si la juventud y la belleza para disfrutar de un relampago de felicidad, necesitase también aturdirse hasta llegar al vértigo y de embriagarse de movimiento hasta la locura.

Otras veces conversábamos gravemente con la familia, haciéndoles contar su vida, sus tradiciones y hasta sus recuerdos. Cada familia es una historia y aun un poema para

quien sabe hojearla; aquella tenía también su nobleza, su riqueza y su prestigio en lo pasado.

El abuelo de Andrés había sido un negociante griego de la isla de Egina, que perseguido por su religión por el hijo de Aténas, había embarcado una noche á su mujer, sus hijos y su fortuna, en uno de los buques que poseía para el comercio, habiéndose refugiado en Prócida, donde tenía correspondientes, y cuya población era griega como él. Allí compró cuantiosos bienes, de los que no quedaban mas vestigios que la pequeña granja en donde estábamos, y el nombre de los antepasados grabado en algunas tumbas en el cementerio de la ciudad. Las hijas habían muerto religiosas en el monasterio de la isla; los hijos habían perdido toda la fortuna en las borrascas que se habían tragado á sus buques, y por último la familia había caído en decadencia, cambiando hasta su hermoso nombre griego por un nombre oscuro de pescador de Prócida.

— Cuando una casa se desmorona, nos dijo Andrés, pronto no queda en ella piedra sobre piedra. De todo cuanto mi abuelo poseía, nada nos queda sino mis dos remos, la barca que me habeis devuelto, esta choza que ya no puede alimentar á sus amos, y el favor de Dios.

La abuela y la joven nos suplicaban que les dijésemos nosotros también, de dónde éramos y qué hacían nuestras familias, si teníamos padre y madre, hermanos y hermanas y una casa con viñas é higueras; por qué habíamos dejado todo eso siendo tan jóvenes para remar, leer, escribir y dormir en el suelo en el golfo de Nápoles. Por mas que hicimos nunca pudimos hacerles comprender que habíamos ido allí para mirar el cielo y la mar, para evaporar nuestras almas al sol para sentir como fermentaban en nosotros nuestra juventud y para recoger impresiones, sentimientos é ideas que quizá un día escribiríamos en verso, como los que veían escritos en nuestros libros ó como aquellos que los improvisadores de Nápoles recitaban el domingo por la tarde á los marineros en la Margellina.

— Os estáis burlando de mí; nos decía Graziella riendo á carcajadas; con que os llamais poetas sin tener los cabellos erizados y los ojos abiertos de los que llaman así en los muelles de la Marina? con que os llamais poetas, y ni siquiera sabeis cojer en las manos la guitarra: cómo habeis de acompañar vuestras canciones?

Y al decir esto menaba la cabeza haciendo una mueca con sus labios y mostrándose impaciente porque no queríamos decirle la verdad sobre este punto.

A veces una fea sospecha atravesaba su alma imprimiéndole una sombra de duda y de temor en su mirada. Pero esto era pasajero, y la oíamos decir en voz baja á su abuela:

— No, no puede ser, no son refugiados arrojados de su país por una mala acción; son demasiado jóvenes y demasiado buenos para conocer el mal.

Nosotros nos divertíamos en contarles algunas aventuras muy siniestras, vendiéndonos como autores de ellas, pero el contraste de nuestras frentes límpidas y serenas, de nuestros ojos claros, de nuestros risueños labios y francos corazones con los crímenes fantásticos que suponíamos haber cometido, la hacía reír á carcajadas lo mismo que á su hermano, y disipaba al punto toda posibilidad de desconfianza.

Graziella nos preguntaba muchas veces lo que leíamos durante todo el día en nuestros libros, aunque en su interior creía que eran oraciones, pues nunca había visto libros sino en la iglesia en manos de los fieles que sabían leer y que iban siguiendo las santas palabras del sacerdote, y nos

suponía muy piadosos puesto que nos veía todo el día balbuceando misteriosas palabras. Únicamente se extrañaba de que no tuviésemos intención de entrar en un seminario de Nápoles ó en algun monasterio de las islas: nosotros para desengañarla, quisimos leerla dos ó tres veces varios pasajes de Foscolo y algunos hermosos fragmentos de nuestro Tácito traducidos en lengua vulgar del país, creyendo que esos suspiros patrióticos del desterrado italiano y esas grandes frases de la Roma imperial producirían una fuerte impresión en nuestro sencillo auditorio, porque el pueblo descubre la patria en los instintos, ve el heroísmo con los ojos del sentimiento, y sabe comprender el drama. Lo que nunca se le olvida es sobre todo las grandes caldas y las hermosas muertes. Pero bien luego notamos que esas declamaciones y esas escenas tan poderosas no producían efecto ninguno sobre aquellas almas sencillas. El sentimiento de la libertad política, esa aspiración de los hombres que piensan en el descanso, no baja hasta lo último del pueblo.

Aquellos pobres pescadores no comprendían porqué Ortiz se desesperaba y se mataba, puesto que podía gozar de todas las verdaderas voluptuosidades de la vida, pasearse sin hacer nada, ver el sol, idolatrar á su amante y rogar á Dios en las verdes y hermosas riberas del Brenta.

— Para qué atormentarse de ese modo, nos decían, por ideas que no llegan hasta el corazón? Qué le importa, que sean franceses ó austríacos los que reinen en Milan? Es un loco en apesadumbrarse por tales cosas.

Y al decir esto cesaban de escucharnos.

En cuanto á Tácito, le entendían ménos todavía. El imperio ó la república, aquellos hombres que se matan entre sí, unos para reinar, y otros para no sobrevivir á la servidumbre, esos crímenes por el trono, esas virtudes por la gloria, esas muertes para la posteridad, les dejaban impasibles y fríos. Aquellas tormentas de la historia estallaron muy por encima de ellos para que pudieran afectarles; eran como unos truenos distantes en la montaña de los cuales no se hace caso, porque no caen sino sobre las cimas, sin commover la vela del pescador ni la casa de los labradores.

Tácito no es popular mas que entre los políticos y los filósofos; es el Platon de la historia; su sensibilidad es demasiado refinada para el vulgo. Para comprenderle, hay que haber vivido en los tumultos de la plaza pública ó en las misteriosas intrigas de los palacios. Quitada la libertad, la ambición y la gloria á esas escenas, qué es lo que queda? Esos son los tres grande actores del drama, y precisamente esas pasiones son desconocidas del pueblo, porque son pasiones del entendimiento, y el pueblo solo comprende las del corazón. Nosotros notamos esto en la amistad y en la sorpresa que esos fragmentos causaban en nuestro auditorio.

Una noche nos pusimos á leerles *Pablo y Virginia*; yo traducía leyendo, porque tantas veces había leído este libro que casi le sabía de memoria, y porque mas familiarizado que mi amigo con la lengua del país, porque había vivido mas tiempo en Nápoles, no me costaba nada hallar las expresiones que se desprendían de mis labios como si aquella hubiese sido mi lengua materna. Apenas principié esta lectura, cuando las fisonomías de nuestro pequeño auditorio se cambiaron tomando una expresión de atención y de recogimiento, indicio seguro de la emoción del corazón. Habíamos hallado la nota que vibra en el alma de todos los hombres de todas edades y todas condiciones, la nota sensible, la nota universal, la que encierra en un solo sonido la eterna verdad del arte; la naturaleza, el amor y Dios.

No había leído aun mas que algunas páginas, cuando ya todo el mundo había cambiado de actitud. El pescador con el codo apoyado en su rodilla y el oído inclinado hacia mí, se olvidaba de aspirar el humo de su pipa. La abuela sentada enfrente sostenía su barba en sus dos manos, en el ademán de las pobres mujeres que oyen la palabra de Dios arrodilladas en los templos. Beppo se había bajado del pretil de la azotea donde estaba sentado hacia un instante, poniendo su guitarra en el suelo sin hacer ruido, y colocando la palma de su mano en el mango, temiendo que el viento no hiciese resonar alguna de sus cuerdas. Por último Graziella, que ordinariamente se apartaba un poco de nosotros, se iba acercando á mí insensiblemente como si hubiese sido fascinada por un poder de atracción oculto en las páginas del libro.

Apoyada en la pared de la azotea, á cuyo pié me hallaba yo sentado, Graziella se aproximaba mas y mas, sosteniéndose sobre su mano izquierda que fijaba en el suelo en la actitud de un gladiador herido, y miraba con ojos muy abiertos unas veces el libro, otras mis labios de donde se iba desprendiendo aquella relación, y otras el vacío entre mis labios y el libro, como si hubiese buscado con la vista el invisible espíritu que me hacía interpretarlo. Yo oía su desigual respiración que se interrumpía ó se precipitaba siguiendo las palpitaciones del drama como el agitado aliento de una persona que subiendo una cuesta se para de cuando en cuando para respirar un poco. Antes de que yo llegara á la mitad de la historia, la pobre muchacha había olvidado la reserva alguna tanto brusca que conmigo usaba: sentía el calor de su respiración en mis manos, y dos ó tres lágrimas ardientes caídas de sus ojos, manchaban las páginas junto á mis dedos.

Excepto mi voz lenta y monótona que traducía literalmente á aquella familia de pescadores ese poema del corazón, no se oía otro ruido que el de los golpes sordos y lejanos de la mar, cuyas olas pegaban en la costa bajo nuestros pies; pero este ruido se hallaba en armonía con la lectura; era como el desenlace anticipado de la historia que mugía en el aire al principio y durante el curso del relato. Cuanto mas la narración se iba desarrollando, tanto mas parecía interesar á nuestro auditorio. Si alguna vez yo titubeaba un poco en hallar la expresión justa para traducir la palabra francesa, Graziella que había tomado la luz para resguardarla del viento con su delantal, la acercaba al punto á las páginas y casi quemaba el libro en su impaciencia, como si hubiese creído que la llama iba á hacer nacer el sentido intelectual á mis ojos y á producir mas pronta en mis labios la palabra. Yo apartaba sonriéndome la luz con la mano sin volver mis ojos del libro, y sentía mis dedos calientes con sus lágrimas.

(Se continuará.)

ESTADÍSTICA DEL CAFÉ.

De una memoria de M. J. Crawford, tomamos los siguientes párrafos:

«La planta del café es originaria de la Abisinia donde se encuentra en estado silvestre, aunque también está cultivada. De allí fué trasportada á Arabia en 1450. Los árabes no conocieron el café hasta unos 800 años despues de Mahoma, y 40 años del primer descubrimiento de América. En el espacio de un siglo se propagó el uso de aquella bebida por todo el Egipto y otras provincias del imperio turco, de don-

de pasó después á Europa. Un comerciante turco, llamado Edwards, compró la primera caja de azúcar que se desembarcó en Inglaterra, y su esclavo griego preparó en 1562, en tiempo del protectorado, la primera taza de café inglés.

«Después de haber entrado en varios interesantes pormenores acerca del cultivo del café y estension que ha tomado, pasa Crawford á valuar la producción en todas las partes del mundo en los términos siguientes:

«El Brasil 476 millones de libras inglesas. Java 124 millones. Islas Filipinas 3 millones. Celebes un millón. Arabia 3 millones. Cuba y Puerto-Rico 30 millones. La Guaira y Puerto-Cabello 35 millones. Las Antillas inglesas 8 millones. Las Antillas francesas y holandesas 2 millones. Malaban y Misuri 5 millones. Costa Rica 9 millones. Total 475 millones de libras inglesas.

«Valuada esta producción en Europa á 50 chelines el quintal, pasa de 10 millones de libras esterlinas ó 654 250 millones de francos. Suponiendo que una cantidad de 300 millones de libras quede sujeta á un derecho ó impuesto de tres peniques (cerca de 35 cent.). Por libra, resulta que el café produce á los diferentes gobiernos de Europa, la suma de tres millones de libras esterlinas (ó sean 92.500.000).

«Cuando los 476 millones de libras de café debiesen ser conducidas á Europa por mar, exigirían 214,289 toneladas, que al flete medio da dos y media libras esterlinas, producirían á la marina la suma de 330,000 libras esterlinas.

«Ha calculado además M. de Crawford en su interesante Memoria, el consumo total y relativo de cada país. El de Inglaterra y de Irlanda, ascendía en 1850 á 31 millones de libras; esto es, á una libra y 13 céntimos por cabeza, lo cual forma algo menos de la mitad de té que allí se consume. En América el consumo del café es cuatro veces mayor que el de té. El Reino Unido gasta 12 millones de libras esterlinas en café, 3 millones en té, y 10 en tabaco.

«Pondera finalmente M. J. Crawford el uso de la achicoria, no porque pueda esta reemplazar al café sino porque le sirve como de condimento y lo mejora. En nuestro continente, y particularmente en Alemania y en Francia, se hace mucho uso de la achicoria, y va en aumento el consumo del café; en Inglaterra le emplean poco, y el consumo del café se disminuye, porque el té cuesta mas barato.»

ULTIMAS PALABRAS DE VARIOS HOMBRES CELEBRES.

Napoleon murió diciendo: Gefe del ejército.

Byron: Ahora dormimos.

Nelson: Un beso.

Hardy: Doy gracias á Dios por haber cumplido con mi deber.

Neron: Así me manteneis vuestra fe?

Alfieri: Apríctame la mano, querido; yo muero.

Cherterfield (ministro): Dame una silla.

Haller (fisiólogo): La arteria no late mas.

Goethe: Que entre Inz.

Elsabet, reina de Inglaterra: Todos mis tesoros para un solo minuto.

Grocio: Hablemos formalmente.

Tasso: En vuestras manos, oh señor!

Tomás Moro, subiendo al patibulo: Os pido vuestra ayuda para subir, para bajar no la necesito.

Walter Scott: Me siento regenerado.

Jefferson: Recomendando mi alma á Dios, y mi hijo á la patria.

Washington: Está bien.

S.O. Adams: La última cosa que se hace en la tierra.

Harrison: Deseo que entendais los verdaderos principios de gobierno, y que los hagais conocer á los hombres.

Taylor: He deseado cumplir con mi deber.

Federico V de Dinamarca: No hay una gota de sangre en mis manos.

Mozart: Me hablais de consuelo, ¡oh Emilia! Y bien, tomad mis últimas notas, id al piano y cantadme el himno de vuestra santa madre, ¡ah que yo escuche otra vez aquellas notas que por tan largo tiempo me han servido de deleite y de consuelo!

Franklin: Nada es fácil para uno que muere.

Carlos II: Cuidado con padecer hambre, oh Nelly!

FABRICACION DEL PAPEL PINTADO.

La industria del papel pintado proviene de la China, así como la de las telas pintadas procede de la India. Ambas se ejercen aun en el día, mas bien por el simple trabajo de la mano que por medios mecánicos; los papeles pintados de China, sin embargo, manifiestan con bastante frecuencia el empleo de la lámina para marcar los contornos de los dibujos: todo lo demás está pintado á mano, y casi exclusivamente con matices fundidos.

De la China la industria del papel pintado pasó á Inglaterra hácia mediados del siglo último. Se citan allí manufacturas del año 1746, y en aquella época tambien parece ser el procedimiento chino el que dominaba en la operacion: sin embargo, se imprimía mas, y en lugar de un simple contorno, era un geometral y un oscuro, si hemos de juzgar por unas láminas muy antiguas y notables que conserva uno de los miembros del jurado inglés, Mr. Craze. Estas láminas son muy ligeras, con un simple flor de pino, y sobre todo se distinguen por sus grandes dimensiones. Algunas de ellas tienen mas de dos metros de largo, y aun no puede concebirse cómo podrian servir para la impresion segun la practican en el día.

De Inglaterra, la industria del papel pintado pasó á Francia á fines del siglo último, sobre el año 1780. Los primeros fabricantes que se establecieron en Francia se llamaban Arturo y Robert; los segundos Reveillon: el saqueo de los talleres de estos últimos, establecidos en el arrabal de San Antonio, fué lo que dió principio á la revolución d: 1789. El tercer fabricante se llamó Legrain: otros tres fabricantes se establecieron en Paris. En 1790, se estableció la casa de Zuber en Mulhouse, y poco después José Dufour en Macon que al cabo de algun tiempo se fijó en Paris. Lyon vió surgir de allí á poco algunos establecimientos de bastante consideracion: pero muy luego se hizo Paris el centro de esta industria en Francia y se ha mantenido en esta posicion hasta el día al paso que Londres por su parte encontró este artículo dentro de sus murallas hasta pocos años há.

La Alemania conoció la fabricación de los papeles pintados despues de Francia: pero en una escala bastante escasa: tras de ella siguió Suiza, Holanda y Bélgica, sobre mas corta escala todavía. Viena en Austria, y mas adelante Varsovia, vieron formar cada cual un establecimiento con elementos sacados de la casa de Zuber. La Rusia tuvo su fábrica imperial en Szarko Szelo, que absorbió millones sin producir nada: La España tuvo su fábrica que fundó en Madrid un francés Giroud de Vilette.

Tal ha sido la situación de esta industria por espacio de 20 años: es decir, que entonces se contaban en Inglaterra 20 establecimientos, 30 en Francia, 10 en Alemania, y de uno á dos en cada uno de los demás países citados.

En casi todos estos países, á escepcion de Alemania, Suiza y Holanda, la prohibicion protegía hasta dicha época la industria del papel pintado, y se puede admitir que desde el principio de este siglo hasta el año 1825, su situación en los países respectivos permaneció casi estacionaria. Unicamente partiendo desde esta última época, puede señalarse un movimiento que estudiaremos en particular para cada país, y que se enlazaba las mas veces con alguna medida de aduanas; así es que algunos de los países que se hallaba hasta entónces bajo el régimen prohibitivo, especialmente Inglaterra y la Rusia, admiten los papeles pintados extranjeros, aunque á costa de derechos todavía muy elevados; y otros, como Alemania y los Estados-Unidos, en que los derechos de entrada fueron en un principio nulos é insignificantes, los aumentaron considerablemente.

En cuanto á los progresos realizados en los procedimientos de fabricacion, se deben casi esclusivamente á la Francia, que segun se ha visto se situó con tiempo en primera linea en esta industria; la pintura á la mano que existe parcialmente en los establecimientos Robert y Reveillon, fué en un todo sustituida por la impresion en plancha en el de M. Oubert, y el de M. Dufour: desde 1792 á 1794 fué cuando la casa de Zuber produjo esos hermosos tintes de flores compuestos por Malaine padre, que sirven hoy de estudio y de modelo á nuestros dibujantes, tanto sobre tela como sobre papel; y en 1804 la misma casa y la de M. Dufour, emprendieron las primeras es que grandes decoraciones de paisaje que ocupan un espacio de 15 á 20 metros y que aun en el día se consideran como el género mas difícil. M. Dufour ejecutó el primer paisaje en color gris, y Zuber el primero iluminado. Desde 1849, comenzó la serie de las mas importantes innovaciones con que M. Zuber dotó á la industria de papel pintado, siendo las principales: la fabricacion y el uso de los cilindros sin fin, la fabricacion y el uso del amarillo de cromo, del azul mineral del verde de Schweinfurt y del Ultramar; el procedimiento de los tintes fundidos que se debe á Miguel Spoerlin de Viena y al Escritor, la impresion de cilindro en cobre, y por fin el aparato para hacer las rayas.

Solo hay una operacion, muy interesante á la verdad; que parece ha venido de Inglaterra desde el principio, que es el aterciopelado sobre el papel; por esta operacion se ha perfeccionado en Francia, sobretudo recientemente por la aplicacion del lustraje.

Por último, solo de pocos años á esta parte, la impresion de cilindro en relieve de muchos colores, unida al cargado y lustraje mecánico, ha acudido á dar nuevo impulso aun y nueva direccion á la fabricacion del papel pintado. Estos últimos progresos no debian realizarse en el Continente donde la baratura de la mano de obra no embaraza para nada al fabricante; y en efecto, vienen de la América del Norte y de Inglaterra.

La América, ese país virgen y jenial, no ha comenzado á fabricar sino hace pocos años; pero, como en todas las cosas, se ha abierto por sí mismo un camino; escaseaban las manos y ha acudido al vapor: cada fabrica de papel pintado que allí se ha establecido, ha comenzado por montar una máquina de vapor y obtener de ella el trabajo principal. Así es que hacen los cargados, dan lustre é imprimen al vapor; bastanle mal por cierto, pero esto les importa poco, pues dan productos muchos y baratos, que es lo que les basta.

La Inglaterra, merced al impulso dado por su nueva legislación de aduanas, ha seguido este sistema hace dos años, época de una gran reduccion de los derechos de entrada:

Manchester se ha hecho el temible rival del antiguo Londres: se ha creado allí un establecimiento colosal bajo un sistema enteramente mecánico; otro acaba de surgir á su inmediacion, y al paso que los americanos no se han atrevido á intentar mas que una máquina para imprimir harto imperfecta, en tres colores, Manchester imprime en el día quince colores á la vez, y el establecimiento de Potter hermanos con su fabrica de papel y sus ocho máquinas de imprimir, produce por sí solo de 8 á 10,000 rollos diarios, es decir, mas que todas las fabricas de Londres reunidas.

TELEGRAFOS DE LOS ANTIGUOS.

Quien dude si nuestros antepasados tenían conocimientos del arte telegráfico, pronto saldrá de confusiones leyendo un papel curioso del tiempo de Felipe V., en que se particularizan los signos que con los pañuelos solian hacerse los amantes para manifestar sus pensamientos en las barbas del mas severo padre, del mas rígido hermano, y de la mas impaciente y grave tía. Con dos pañuelos solamente se combinaban muchas maneras de decir, segun se prueba del papel mencionado, que es como sigue:

Dama y hombre deben estar siempre prevenidos de pañuelos, blanco y de color, que con ambos se ha de jugar ó hablar, teniendo cada uno su diferente significado.

Tremolar la dama el pañuelo blanco, es preguntar si la quieren; y el hombre pasándole por la cara.

Decir que sí, ha de ser arrojando el pañuelo entre las manos; y el decir que no, dejando caer el pañuelo al suelo, como que es casualidad.

Significar que están buenos, se demostrará estendiendo el pañuelo; y que enfermo, aplicándole á un lado de la cara. Decir que se está quieto ó quieta, torciendo el pañuelo á lo largo. Decir que se ausente, doblar el pañuelo como nuevo.

Que volverá dentro de poco, lo significará el hombre asomando el pañuelo por debajo de la capa, y á su falta, de la cascaca, y la dama echarse el pañuelo torcido al cuello.

Que tiene uno ó otro que hablarse ó darse algun papel, será torciendo el pañuelo al brazo.

La mañana, se significa poniendo el pañuelo delante del pecho; la tarde, de la cintura; y la noche, liándose una mano con él.

Para nombrar la compañera, será mordiendo el pañuelo blanco; el criado ó criada, mordiendo el de color.

Querer la dama que la sigan, lo dirá teniendo ambos pañuelos de la una mano.

Los celos los dirá con limpiarse la cara con el pañuelo de color. La satisfaccion de ellos será poniendo doblado el pañuelo de color delante de la garganta.

Que muda de sitio, doblando el pañuelo de color como si fuera nuevo. Que no puede asistir á la cita, ha de ser fingiendo que se va á sonar con el pañuelo de color.

Si hay alguna novedad triste, se significa dejando caer al suelo ambos pañuelos á un tiempo; si alegre, se arrollarán dichos pañuelos juntos.

El padre, cruzar las manos; la madre, los brazos; el hermano, cruzará un brazo por el pecho hasta el hombro contrario; y la hermana, la misma accion; y ambas con el pañuelo liado á dicho brazo.

No querer que se haga una cosa, lo significará pasándose toda la mano por la cara.

La forzosa ausencia, se notará atando los dos pañuelos; y los días que esta dure, serán cuantas veces cerrare la mano.

Nótese que cuando no se nombra sino pañuelo, se entiende que ha de ser el blanco.

MEDALLON DEL GRABADO FRANCES EN EL LOUVRE.

Entre las infinitas reparaciones y embellecimientos que se han hecho últimamente en el Louvre, merece citarse la transformación completa del hermoso salón en donde se han celebrado las exposiciones públicas y grabado durante la Academia real de pintura, escultura y grabado durante cerca de un siglo. Allí se espusieron sucesivamente los cuadros representando las batallas de la famosa campaña de Italia, y desde entonces acá habíanse colocado allí los

principales lienzos de la galería nacional sin distinción de escuelas. Las paredes estaban tristes, frías y despidas; pero hoy se hallan reunidas en ese salón adornado con magnificencia, la mayor parte de las obras maestras que encierra el Museo. Un rico dorado oscuro se extiende por los cuatro lados de ese vasto salón, y en los adornos del friso se hallan inscritos los nombres de los genios mas famosos que ha habido en la pintura en las escuelas de Italia, de Francia, de España, de Alemania y de Flandes. Cada una de las cuatro paredes de la bóveda se halla consagrada á una de



Museo del Louvre.—Medallón del Grabado francés; Juan Pesne (1) por M. Simardi.—Dibujo de Chevalier-Chevignard.

las cuatro artes del dibujo, la Pintura, la Escultura, el Grabado y la Arquitectura, personificadas por cuatro figuras colosales de mujeres suspendidas, en relieve, y sentadas entre dos genios con sus atributos. En unos medallones de bajo-relieve incrustados en la bóveda, encima de las cabezas de estas cuatro grandes figuras, las cuatro artes están simbolizadas por el apoteosis del artista mas ilustre que ha habido en Francia en su género: la pintura se halla representada por Nicolás Poussin, la escultura por Juan Goujon, el grabado por Juan Pesne y la arquitectura por Pedro Lescot. Estos medallones son notables por la nobleza de su estilo y por la elegancia de su ejecución. Las figuras de Poussin, de Juan

Goujon y de Lescot se hallan colocadas entre dos figuras de mujeres que manifiestan las cualidades características de cada uno de ellos. El medallón de Pesne, que verán con este artículo nuestros lectores, tan bien ejecutado como los otros, se diferencia de ellos en que está ejecutado de otro modo, como que es relativo á un arte, sino inferior, al menos de una inspiración secundaria. Debemos añadir que los dos medallones de la pintura y del grabado que ocupan los lados principales de la bóveda, tienen á su derecha y á su izquierda otros medallones ovales, también en bajo-relieve y esculpidos con el mismo gusto, representando Famas.

1. Nacido en Buan y muerto en París en 1700.

EL CAPITAN CORAM.



El capitán Coram.—Copia del cuadro de Hogarth y del grabado de Linton.

Tomás Coram, nacido en 1668, había seguido la carrera de marino. Después de haber mandado durante largo tiempo un buque que hacía el comercio entre la Inglaterra y las colonias, se había retirado con una fortuna á una casa de campo situada en Rotherhithe, á orillas del Támesis. A veces cuando iba á Londres, solía notar que había en las calles un crecido número de espósitos, de niños abandonados, estropeados y faltos de socorros y de protección. Estas miserias de la infancia conmovían su sensibilidad en sumo grado, así fué que concibió el pensamiento de fundar un hospicio que sirviese de asilo á aquellos desgraciados seres. Pero sus bienes todos estaban muy lejos de bastar para la realización de una empresa semejante: era preciso pues que lograrse interesar á varias personas ricas y caritativas, y además que solicitase una autorización del gobierno. Diez y siete años consagró á poner en planta su filantrópica idea. Por fin, el 17 de octubre de 1739, obtuvo una real

cédula autorizando la fundación de un hospicio para espósitos y niños abandonados; logró lo que quería, pero arruinándose: su modesto bienestar se había disipado en obras caritativas, y el virtuoso anciano se había sumergido en la miseria por sacar de ella á las criaturas desechadas. Dos hombres estimables, sir Sampson Gideon y el doctor Brocklesby abrieron una suscripción para él, pero antes de dar este paso quisieron estar bien seguros de no herir con ella el sentimiento de la dignidad tan respetable siempre en la persona del capitán. Coram respondió ingenuamente á la carta que le escribió el doctor Brocklesby sobre este asunto: « Como no he disipado los pocos bienes que poseía en diversiones ni en vanidades, confieso sin vergüenza ninguna que en mi vejez soy pobre.» La suscripción voluntaria, á cuya cabeza figuraba Federico príncipe de Gales, le produjo una renta anual de 400 libras (unos 2,500 frs.) Una gran parte de esta corta renta fué destinada á un objeto carita-

tivo. Los corazones compasivos con los desgraciados no se curan jamas; Coram no se cansaba de socorrer á los niños pobres que no podian entrar en el hospicio, implorando al mismo tiempo en su favor la ayuda de las personas ricas.

El venerable capitán parece que habia sometido al gobierno algunos otras proyectos de fundaciones de beneficencia, y entre ellos figuraba el plan de un establecimiento de educacion de jóvenes indias del Norte de la América, « á fin, decia, de unir mas estrechamente á los indios con el gobierno inglés. »

El buen Coram murió el día 29 de marzo de 1754 en un reducido aposento cerca de Leicester-Square, y fué enterado, segun su deseo, en la capilla de los Espósitos. (*Foundling-Hospital*.)

En su retrato pintado por Hogarth, y comprado por M. Duncombe del Yorkshire, el capitán Coram está sentado, y junto á él sobre una mesa se ve la real cédula de 17 de octubre de 1739; en primer término hay un globo, y en el fondo del cuadro se ve la mar y un buque. El grabado en madera de la cabeza de ese retrato, hecho por Linton, manifiesta una espresion franca y vigorosa. Le damos aqui como un nuevo ejemplo de los notables progresos que se han hecho en el dia en este género de grabado, que hace unos veinte años, se hallaba completamente abandonado.

CHISTES DE QUEVEDO

EXTRACTADOS DE SUS OBRAS POÉTICAS.

Hijos somos de Adán en este suelo,
La nada es nuestro abuelo;
Y salisteis vos tan parecida
Que apenas algo sois en esta vida.

El que por tí se muere en dulces lazos
Muere con propiedad por tus pedazos,
Y cuando abundas de hermosura en bienes,
Tantos remedios tienes,
Hermosísimo bien del alma mía,
Que siendo tan cruel pareces pia.

Y eres así á la espada parecida,
Que mata mas desnuda que vestida.

Y á tí no mueve de mi llanto el río,
No sé si por ser agua ó por ser mio.

Echó el cielo su capote
por no ver un caballero
que al contar sirvió de cerro
y al torrear de cerote.

La llaneza de tu cara
La vista equívoca, pues
pasara por ser embés
si un ojo no le sobrara:

Doña Alcahofa compuesta
á imitación de las flacas,
basquiñas y mas basquiñas:
carne poca y muchas faldas;

Lo que de nuevo y de viejo
pasa en aqueste lugar,
en las hijas y en las madres
cerrado y abierto está.

En el rastró que han dejado
los amantes que se van,
la niña que quedó vaca
vende carnero al galán.

Abril que á Febrero hacia
empezó ayer á mayar,
y hoy á manera de Marzo
nos ha vuelto el vendabal.

¿Tú piensas que nos obligas
en solicitar el parto
de quien nos come un raton
y nos cena dos gazapos?

Dos dedos estoy de darte,
Aguedilla, el rico ternó;
mas no lo quieren soltar
aquellos mismos dos dedos.

Yo llevo bien por la calle
el sobre dicho retablo;
mi aire lleva las almas
las bolsas mi garabato.

Vivo en la Puerta Cerrada
para los dineros trasgos,
y para los dadivosos
vivo en la calle de Francos.

El rostro, perro de agua,
ya de perro chino sale;
no enseña menos ser hombres
el parecer mas á frailes.

Saló vejiga con ojos,
á si tan desemejante,
que sus mayores amigos
no le vían, con mirarle.

Lo mejor de las mugeres
se han engullido los coches,
cazuelas donde se ven
solo cabezas y alones.

Lo que ayer era estropajo
que desechó la sarten,
hoy pliego manda dos mundos
y está amenazando á tres.

Miróse la viejecilla
preñándose un alfiler,
y vió un orejon con tocas
donde buscó un Aranjuez.

Y á boca de noche un diente
cerca ya de oscurecer.

Tomando estaba sudores
Marica en el hospital,
que el tomar era costumbre,
y el remedio es el sudar.

Por no estar á la malicia
labrada su voluntad,
fué su huésped de aposento,
Anton Martin el galán.

Su cabello es un cabello
que no le ha quedado mas.

Dióme el leon su cuartana,
diome el escorpion su lengua,
y el carnero su paciencia.

No hay necio que no me hable,
ni vieja que no me quiera,
ni pobre que no me pida,
ni rico que no me ofenda.

Agua me falta en la mar
y la hallo en las tabernas;
que mis contentos y el vino
son aguados donde quiera.

¡Que á la muger no le cueste
el condenarse un cabello;
y que por llevarme el diablo
me lleve lo que no tengo!

No se les daba de antes
por comisiones un cuerno,
y ahora por comisiones
se les dan mas de quinientos.

Dormistes y una muger
hallastes al despertar,
y hoy en durmiendo un marido
halla á su lado otro Adán.

Un animal en la India
con solo un cuerno derecho,
puede ser, mas para acá
poco se me hace un cuerno.

Si está vivo quien te vió
toda tu historia es mentira;
pues sino murió, le ignora,
y si murió no lo afirma.

¡Oh que de panzas al trotes
han sido mis compañeros.

Tus dos ojos, Mari-Perez,
de puro dormidos roncan,
y duermen tanto, que sueñan
que es gracia lo que es modorra.

Calvos van los hombres, madre
calvos van;
mas ellos cabellarán.

Si á los hombres les queremos
para pelarlos acá,
y vienen pelados ya;
¿sino hay que pelar que haremos?

En esto por un repecho
vió venir á sus castillas
un vecino de sus carnes
convidado de ellas mismas.

En su seguimiento parte:
á cinco uñas camina,
y cansado de matar
entre sus dedos le hila.

Los médicos con que miras
los dos ojos con que matas,
bachilleres por Toledo,
doctores por Salamanca.

Rascábanse con las uñas
en paz las antiguas damas;
y hoy con espiguillas de oro
dan en esgrimir la caspa.

Si sale por la mañana
de su pescuezo un peon,
le anochece en los lomos
y ha de ser buen andador.

Mis armas son un escudo
y fuerán mejores dos,
cuanto va del que es sencillo
al caballero doblon.

Fantasmas acecinadas:
siglos que andais por las calles,
muchachas de los finados
y calaveras fiambres.

Daros lástima quisiera,
dineros, señora, no;
que aunque son pocos, las ganas
de dároslos menos son.

Yo me salí de la corte
á vivir en paz conmigo;
que hastan treinta y tres años
que para los otros vivo.

Las mugeres de esta tierra
tienen muy poco artificio
mas son de lo que las otras,
y me saben á lo mismo.

Fulanito, Citanito,
entremés de la Pasión,
tú que haces los graciosos
en la muerte del Señor.

El pobre no aguarda á irse
para decir que está ausente,
que en ninguna parte está
el que dinero no tiene.

Pidiéndole está dineros
Doña Berenguela á Anton,
y él entre sí está pensando
de dárselos entre no.

Duque que guarda el ducado
y da la conversacion,
alabarle la llaneza
y conjurarle el humor.

Condes que dicen no quiero,
tan claro el demandador,
yá que no son condes claros
harto claros condes son.

Selvas y bosques de amor,
dehesas, sotos y campos,
quien os cantaba soltero
os viene á mugir casado.

Pues siendo abril de San Lucas
soy la fiesta de San Marcos.

Si estando con mi muger
columbro brujula de oros,
hago como que me fui
y aunque me quedo no estorbo.

Y con esto aun es tan vano
de mi cabeza el entono,
que á quien me los pone á mi
parece que se los pongo.

La primera fué doncella
despues de mi desposorio,
recatada ya se entiende,
recogida en casa de otros.

Cruel llaman á Neron
y cruel al rey Don Pedro,
como si fueran los dos
Hipócrates y Galeno.

Manzanares, Manzanares,
arroyo, aprendiz de rio,
platicante de Jarana,
buena pesca de maridos.

Tú que gozas, tú que ves
en verano y en esto
las viejas en cueros muertos,
las mozas en cueros vivos.

—Tiéneme del sol la llama
tan chupado y tan sorbido,
que se me mueren de sed
las ranas y los mosquitos.

Entre mentiras de corcho
y embelecos de vestido,
la muger casi se queda
á las orillas del rio.

El marido y el cuchillo
al principio son de acero,
pero despues los mas finos
tienen el cabo de hueso.

No sé si es alma ó almilla
esta que traigo en el cuerpo,
que si almilla, no calienta,
y si es alma, no lo siento.

Es su casa barbería
donde el rapado es el necio,
y sus bolsas las vacías,
y ellas en rapar barberos.

No han menester ellas lindos,
que harto lindas se son ellas,
la mejor faccion de un hombre
es la bolsa grande y llena.

Alabárame el andar
si anduvieres por las tiendas,
y el mirar sino mirases
en dar todo cuanto quieras.

Y si en todo el mundo hay caras,
solas son caras de veras
las de Madrid, por lo hermoso
y por lo mucho que cuestan.

Chitona ha sido mi lengua
habrá un año; y ahora torno
á la primer taravilla,
agua va, que las arrojo.

Piensen que ne les entiendo,
yo pienso de ellos lo propio;
miranme y hácenme gestos;
mirolos y hágolos cocos.

Todos pretenden casada
porque á todos les parece
que gusto que tiene guarda
es mas hazaña vencerle.

CLAUDIO JOSE VERNET.

Claudio José Vernet nació en Aviñon el 4 de agosto de 1744 y murió en Paris, siendo académico-consejero, el 3 de diciembre de 1789 á la edad de setenta y siete años.

Esta larga carrera fué de una fecundidad notable, y así no hay galería ni gabinete de aficionado, que no posea una ó varias *marinas* de este pintor, género en que descolló hasta el último grado. El extranjero que visita el Louvre, si le gustan los espectáculos mas hermosos del Océano en sus dias de calma ó en sus momentos de borrasca, no deja de pararse en un vasto salon que nuestro artista ha llenado el solo con la colección de sus puertos de mar, y con otros muchos cuadros representando todos invariablemente escenas del mismo género. En la mayor parte de estos lienzos se descubre un genio poético, una entendida perspectiva lineal y aérea, un estudio profundo de las maniobras marítimas, hermosos cielos, preciosas masas de fábrica, sitios muy

bien elegidos con aspectos originales, y de los que uno se acuerda largo tiempo despues de haberlos visto, pudiendo indicar como ejemplo de esta cualidad el grabado que tiene el lector ante sus ojos: la vista del Pausilippo; y por último, hay figuras bien dibujadas en sus composiciones, acciones naturales y verdaderas, y un estilo correcto.

Este pintor no llegó á ese grado próximo á la perfeccion sino por una serie de largos estudios y de constantes observaciones de la naturaleza que habia considerado como ninguno otro. Una gran parte de su vida la pasó en Italia dibujando todos los monumentos pintorescos que ofrece esa patria clásica del arte. Pero no se contentó con copiar las



Vernet. — Vista del Pausilippo.

bellezas y recorrer los mares de la Italia, sino que quiso conocer, estudiar y pintar la Grecia, y visitó sus costas, cuyas montañas, riberas, cielos y mares se reflejaron en sus cuadros.

Al cabo de una ausencia de mas de veinte años, Vernet volvió á Paris, donde sus lienzos obtuvieron un prodigioso éxito. La Academia le ofreció un puesto que habia vacante, siendo recibido en 1753 por un hermoso cuadro que representaba las orillas del mar adornadas con una gran cantidad de bonitas figuras pintadas con gusto y arte.

Por esa época concibió el gobierno el gran pensamiento de hacerle pintar los principales puertos del litoral de la Francia. Vernet pasó muchos años perfeccionando ese hermoso trabajo que ofrece una colección única en Europa, y que constituye seguramente uno de los mas hermosos tesoros de la escuela francesa. Esa soberbia colección se esparció bien luego en el público por los hermosos grabados que sacaron de ella Le Bas y Collin; pero por grande que sea el mérito de esos dos grabadores, en la noticia que acompaña á la *Tempestad* verán nuestros lectores, que todo lo mejor que hicieron se quedó muy atras, por que apareció una obra maestra fuera de línea.

J. J. ARNOUX.

GRAZIELLA.

POR

M. A. DE LAMARTINE.

(Véanse las p. 181, 188, 194 y 202.)

Cuando llegué al momento en que Virginia, llamada á Francia por su tía, siente, por decirlo así, que todo su ser se desgarran en dos pedazos, y trata de consolar á Pablo bajo los plátanos, hablándole de la vuelta y señalándole el mar que va á llevarle, cerré el libro diciendo que concluiría su lectura al día siguiente.

Terrible fué este golpe para el corazón de aquellas pobres gentes. Graziella se arrojó delante de mí, y luego delante de mi amigo, suplicándonos que concluyéramos aquella historia; pero todo fué en vano, pues quisimos prolongar el interés por ella misma, reservándonos para nosotros el encanto de la prueba. Graziella tomó entonces el libro de mis manos, le abrió como si hubiese querido comprender á fuerza de voluntad sus caracteres; habló con él, le besó, y por último le puso respetuosamente sobre sus rodillas, cruzando las manos y mirádomo con ojos suplicantes.

Su fisonomía tan serena y risueña en la calma, aunque un

poco austera, había tomado de repente en la pasión y en la simpática ternura de aquel relato, algo de la animación, del desorden y de lo patético del drama; habríase dicho que una sibilina revolución había cambiado aquel hermoso mármol en carne y en lágrimas. La joven sentía su alma hasta entónces dormida, que se revelaba á ella en la alma de Virginia; parecía haber pasado seis años en aquella media hora. Las tintas borrascosas de la pasión oscurecían su frente, así como el blanco azulado de sus ojos y mejillas: era como un estanque sosegado donde el sol, el viento y la sombra se habían puesto á luchar subitamente y por la vez primera. Nosotros no podíamos cansarnos de mirarla en aquella actitud, y aun cuando había entónces no nos había inspirado mas que la alegría, desde aquel instante nos infundió un sentimiento casi respetuoso. Pero en vano nos suplicó que continuáramos; no quisimos gastar nuestro poder de una vez sola, y sus hermosas lágrimas nos gustaban demasiado, para secar en un día su manantial: la joven se retiró enfadada, y apagó la luz con un ademán de mal humor muy señalado.

Al día siguiente cuando la volví á ver bajo los emparrados y quise hablarla, se volvió como una persona que quiere ocultar sus lágrimas, y se negó á responderme. En sus ojos ribeteados de un círculo negro, en la palidez de sus mejillas y en una lijera y graciosa depresión de los dos lados de su boca, se conocía que no había dormido, y que su corazón se hallaba oprimido todavía con las pesadumbres imaginarias de la vispera. Maravilloso poder es el de un libro que influye así sobre el corazón de una criatura ignorante en las letras, y de una familia entera, con toda la fuerza de la realidad, y cuya lectura es un suceso en la vida del corazón!

Esto consiste en que, así como yo había traducido el poema, el poema había traducido la naturaleza, y que aquellos acontecimientos tan sencillos, la cuna de aquellos dos seres á los pies de dos pobres madres, sus inocentes amores, su cruel separación, aquella vuelta engañada por la muerte, aquel naufragio y aquellas dos tumbas que encerraban un solo corazón bajo los plátanos, son cosas que todo el mundo siente y comprende, desde el palacio hasta la choza del pescador. Los poetas buscan el genio muy lejos, cuando el genio está en el corazón, y cuando algunas notas, bien sencillas por cierto, tocadas piadosamente y por acaso sobre ese instrumento templado por el mismo Dios, bastan para hacer llorar á todo un siglo, y para hacerse tan populares como el amor y tan simpáticas como el sentimiento. Lo sublime cansa, lo bello engaña, únicamente lo patético es infalible en el arte; el que sabe enternecer lo sabe todo, y hay mas genio en una lágrima que en todos los museos y en todas las bibliotecas del universo. El hombre es como un árbol sacudido para que caiga el fruto; jamás se conmueve al hombre sin que se desprendan lágrimas.

Todo aquel día la casa estuvo triste como si aquella pobre familia hubiese experimentado un acontecimiento doloroso. La comida estuvo silenciosa; concluida, se separaron, y luego volvieron á reunirse sin la menor sonrisa. Véase claramente que Graziella estaba distraída tanto en el jardín como en la azotea; repetidas veces se paraba para contemplar como bajaba el sol, conociéndose que no pensaba mas sino en que se acabara el día.

Cuando llegó la noche, y cada cual había ocupado su puesto en el *estrío*, abrí de nuevo el libro y acabé su lectura en el día de los solizos de la familia. Padre, madre, hijos, mi amigo y yo mismo tambien, todos participábamos de la emoción general. El sonido acompasado y grave de mi voz se adaptaba justamente á la tristeza de las aventuras y á la

gravedad de las palabras que al fin de la historia parecían venir de lejos y caer en el alma con el hondo acófito de un pecho luego donde el corazón no late ya, y que solo por la tristeza, la religión y el recuerdo sigue siendo partícipe de las cosas de la tierra.

Imposible nos fué pronunciar ninguna palabra despues de acabada la lectura. Graziella se quedó inmóvil, petrificada, en la actitud en que me había oído, como si siguiese escuchando todavía. El silencio, ese aplauso de las impresiones durables y verdaderas, no fué interrumpido por ninguno; cada cual respetaba en los otros los pensamientos que en sí mismo sentía. La lámpara casi consumida, se iba apagando insensiblemente sin que ninguno de nosotros llevase la mano á ella para reanimar su luz agonizante. La familia se levantó y se retiró furtivamente, y mi amigo y yo nos quedamos solos confundidos de la omnipotencia de la verdad, de la sencillez y del sentimiento sobre todos los hombres, en todas las edades y en todos los pueblos.

Quizás otra emoción tambien principiaba á remover el fondo de nuestros corazones. La encantadora imagen de Graziella transfigurada por sus lágrimas, é incluída en el dolor por medio del amor, flotaba en nuestras ilusiones con la celeste creación de Virginia. Estos dos nombres y estos dos seres confundidos en apariciones errantes, alegraron ó entristecieron nuestro sueño agitado hasta por la mañana. Los dos noches siguientes tuve que leer á la joven la misma historia, y creo que aunque la hubiéramos leído cien veces seguidas no se habría cansado de replicarnos que se la leeríamos de nuevo. Las imaginaciones del Metodista, visionarias y profundas, se distinguen porque no les gusta la variedad, ni en la poesía, ni en la música; la música y la poesía no son, por decirlo así, sino los temas en que cada cual acomoda sus propios sentimientos, alimentándose, sin saciedad, como acostumbra el pueblo, con la misma narración y el mismo canto durante siglos sin experimentar el mas leve cansancio en esas impresiones. Hasta la misma naturaleza, esa música y esa poesía suprema, que otra cosa tiene en sí mas que dos ó tres palabras y dos ó tres notas, siempre iguales, con las cuales entristece ó encanta á los hombres, desde su primer suspiro hasta el último?

El noveno día al salir el sol, el viento del equinoccio cesó, y en pocas horas la mar se quedó como un espejo. Aun las mismas montañas de la costa de Nápoles, así como las aguas y el cielo, parecían nadar en un fluido mas límpido y azul que el de los meses de los grandes calores, como si el mar, el firmamento y las montañas hubiesen sentido ya ese primer estremecimiento del invierno, que cristaliza el aire haciéndole brillar como el agua helada de los ventisqueros. Las hojas amarillentas de la viña así como las de las bigueras principiaban á desprenderse ya y á cubrir el suelo. Habíanse acabado las vendimias. Los trigos secados al sol en el *estrío* estaban ya colocados en cestos groseros de yerbas marinas tejidas por las mujeres. El viejo pescador estaba presuroso de probar su barca para volver con su familia á la Margellina. Se limpió toda la casa con la azotea, se sacó el aceite del pequeño pozo de la roca, y se echó en las pipas que los muchachos bajaron al mar atravesando un palo entre las aspas; se liaron las cimas con cuerdas; se encendieron por última vez la lámpara bajo la imagen abandonada de la chimenea; se rezó á la madona recomendándole la casa; la biguera y la viña que iban á quedar sin guarda durante muchos meses, y por último se cerró la puerta y se ocultó la llave en una grieta de la roca cubierta de yedra, para que si volvía el pescador durante el invierno, supies

dónde hallarla si quería visitar su lecho. Enseguida bajamos á la mar, ayudando á la pobre familia á embarcar el aceite los panes y las frutas.

III.

Nuestra vuelta á Nápoles, siguiendo el golfo de Baia y las sinosidades del Pausilippo, fué una verdadera fiesta para la joven y los niños, y un triunfo para Andrés. Entramos en la Margellina de noche y cantando. Los antiguos amigos y los vecinos del pescador no se cansaban de admirar su nueva barca; ellos le ayudaron á descargarla y á sacarla á tierra, y como le habíamos prohibido que dijera á quien se la debía, nadie fijó la atención en nosotros.

Despues de haber sacado la embarcación, y despues de haber llevado los cestos de bigos y de uvas encima de la mesa de Andrés, cerca del umbral de tres cuartitos bajos habitados por la abuela, por Graziella y los niños, nosotros nos retiramos silenciosamente, atravesando, no sin pena las estreptosas calles de Nápoles, y volvímos á donde antes estábamos.

Nuestra idea era la de continuar la misma vida con el pescador cuantas veces el estado del mar lo permitiera, despues de descansar en Nápoles algunos días. Estábamos ya tan acostumbrados á la sencillez de nuestros trajes, y á la desnudez de la barca, que la cama, los muebles de nuestros cuartos y nuestros vestidos nos parecían un lujo tan fastidioso como inómodo. Pero contábamos que en breve cesaría aquello. Sin embargo, al día siguiente al ir á buscar nuestras cartas atrasadas al correo, mi amigo halló una de su madre en la cual le decía que volviera al instante á Francia para asistir al matrimonio de su hermana. Su hermano político debía salirle al encuentro en Roma, y segun las fechas, ya debía haber llegado. Todo demora era imposible, fué preciso partir al instante.

Yo habría debido marcharme con él, pero un secreto deseo de aislamiento y de aventuras me retuvo. La vida de marinero, la choza del pescador, y la imagen de Graziella, contribuían un poco á esto, aunque confusamente: el vértigo de la libertad, el orgullo de bastarme á mi mismo á trescientas leguas de mi país, y la pasión de lo vago y lo desconocido, esa aérea perspectiva de las jóvenes imaginaciones, fueron las verdaderas causas que me lo impidieron.

Mi amigo y yo nos separamos despediéndonos tiernamente, prometiéndome él que volvería á unirse conmigo en cuanto hubiese cumplido con sus deberes de hijo y de hermano, y prestándose cincuenta lúises para colmar el vacío que aquellos seis meses habían hecho en mi bolsa.

Esta despedida, y la ausencia de ese amigo que era para mí lo que un hermano mayor de edad es para otro mas pequeño, me dejaron en un aislamiento en el cual sentía yo que me iba sufriendo como en un abismo. Todas mis ideas, todos mis sentimientos, todas mis palabras que se evaporaban antes al comunicárselas, se me quedaban en el alma, y volvían á caer sobre mi corazón como un peso contra el cual mis fuerzas eran impotentes. Aquel ruido en que yo no tenía interés ninguno, aquella muchedumbre en donde nadie sabía mi nombre, aquel cuarto en que ninguna mirada respondía á la mia, aquella vida de fonda en que sin cesar se están viendo caras desconocidas; aquellos libros leídos cien veces y cuyos inmóviles caracteres repiten siempre las mismas palabras, en la misma frase y en el mismo puesto; por último todo aquello que me había parecido tan hermoso en

Roma y en Nápoles antes de nuestras escursiones y de nuestra vida vagabunda y errante del estío, ahora me parecía una muerte lenta, y el corazón se me ahogaba de melancolía.

(Se continuará.)

LA TORRE DE DUNKERQUE Y LA DE ZARAGOZA.

Estas dos torres no tienen seguramente el mismo origen; su fundación data de tiempos distantes y ambas arquitecturas se diferencian. Lo que nos ha inducido á reunir las aquí es una misma ceremonia, una diversion popular que presenciaron ambas en las mismas épocas, en el pasado. Antiguamente la *fiesta de los gigantes*, esa fiesta flamenco se efectuaba tambien en Zaragoza y aun en todo el Aragón. Únicamente en España, el traje de los héroes de la función no era igual al que se llevaba en los climas septentrionales. En Dunkerque lo mismo que en Douai, los gigantes eran tres, el padre y sus dos hijos, y llevaban su cota de malla y su casco con penacho; en Zaragoza eran tres tambien, pero iban vestidos de musulmanes con sus turbantes. Esos enormes maniqués de mimbre, lo mismo en España que en Flandes, marchaban primitivamente en la procesion del Corpus detrás del Santo Sacramento, pasando siempre, tanto en Zaragoza como en Dunkerque, por delante de la torre.

Dunkerque y toda la parte flamenco de la Francia han pertenecido á la España, y por consiguiente la procesion de los gigantes históricamente hablando, puede considerarse como de origen español, instituida evidentemente en Zaragoza despues de la espulsion de los moros. De este modo los aragoneses paseaban en triunfo la imagen de los gigantes.

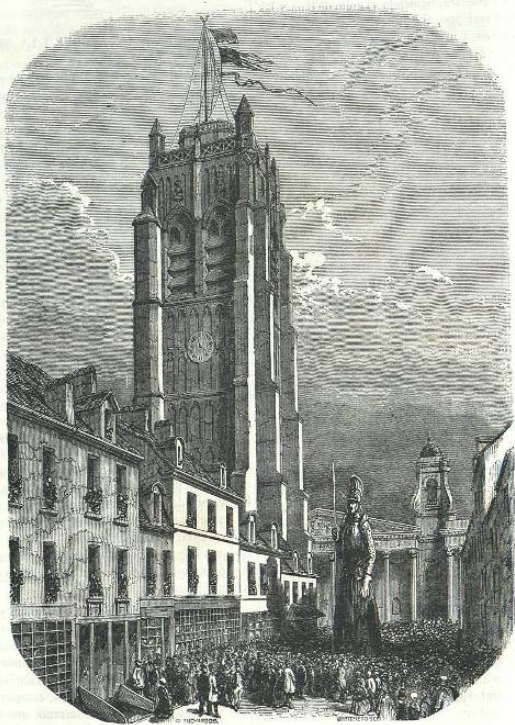
Algunos historiadores pretenden por otra parte que todas esas fiestas flamencas son debidas á Carlos Quinto que habia tratado de neutralizar por ese medio el ánimo revoltoso de los habitantes de Flandes, divirtiéndoles. Por el mismo motivo dicen que estableció en el Norte de la Francia esos repiques que preludian aun en muchas ciudades cuando dan las horas y que mas de una vez suplieron las músicas para los bailes públicos.

La torre del reloj de Dunkerque existía ya en 1440, sirviendo entónces de faro. En ese mismo año los habitantes de Dunkerque, que no poseían sino una sola iglesia, y distante de la ciudad, resolvieron construir otra donde estaba la torre, quedando esta en la nueva construcción adornando su fachada. La iglesia se quemó en 1538, excepto la torre, y despues se edificó otra en el terreno que habia ocupado la antigua, aunque se aisó algun tanto la torre. Esta iglesia existe todavía y se halla dedicada á San Eloy.

Cuando Luis XIV rescató Dunkerque se estipuló que todas las torres y todos los campanarios habian de estar al nivel de los tejados de las casas, y por consecuencia se disminuyó la altura de la torre del Faro en el puerto; pero los marineros privados de la señal corrían peligro de zozobrar en la costa. Entónces se eludió el tratado construyendo una casita en la torre del Reloj, y de este modo se estableció un indicio provisional para la seguridad de los navegantes; en esa casita reside todavía un vigia que vela de día y de noche para señalar los incendios y que debe repetir con un martillo sobre una campana todas las horas que dan en el reloj de la torre. Para ayudarle en su tarea tiene un suplente, y ambos en caso de accidente deben tocar á rebato.

La torre es cuadrada y tiene ocho metros de anchura de cada lado, sin contar los machones de los ángulos. Se asegura que cuando hace buen tiempo se descubre desde su plataforma la torre de Douvres en Inglaterra. M. Cassini hizo desde allí varias observaciones relativas á la carta de Fran-

cia, y los señores Arago y Biot estuvieron en ella tambien cuando se unieron con los sabios de Lóndres para la prolongacion de los triángulos sobre Lóndres, en Escocia y en Gohelandia, á fin de acabar la determinacion de la medida de la tierra.



La torre de Dunkerque.—Dibujo de Blanchard.

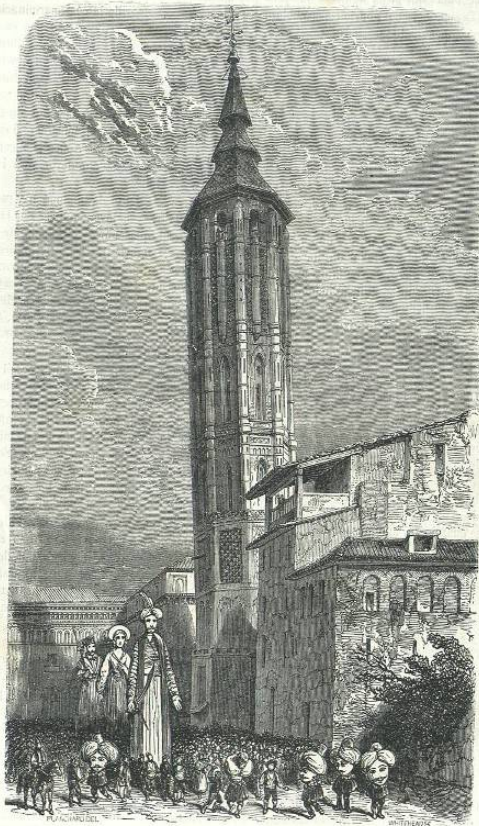
En cuanto á la torre de Zaragoza, llamada *Torre nueva*, se principió en 1504 siendo terminada en 1515. Inclínada de un modo sorprendente se parece á las torres de Pisa y de Bolonia; tambien en esta torre se habían puesto vigias en un principio, pero su servicio cesó cuando el hundimiento que produjo la inclinacion. El basamento que es todo de piedra ha quedado firme; solo el resto de la construccion, que es de ladrillos hasta arriba, aplastándose por el lado que mira á la calle, ha producido la inclinacion de la torre. En ciertos sitios se ve que los ladrillos han perdido la mitad de su grueso. Debemos añadir que no hay temor ninguno de que la torre de

Zaragoza se halle próxima á su destruccion, porque su hundimiento tuvo lugar, á poco que estaba concluida, y desde entónces ninguna novedad ha vuelto á notarse en ella: aun hay mas; en el sitio de 1809 estalló una bomba sobre ella, lo que en nada ha comprometido su solidez. Sin duda el hundimiento provino de la calidad del ladrillo, pues la misma cosa ha sucedido en los campanarios de otras tres ciudades de Aragon, Ateca, Bubierna y Calatayud, cuyos campanarios se hallan inclinados como la torre de Zaragoza.

La torre Nueva es un poco mas estrecha que la de Dunkerque, pero tambien parece ser algo mas elevada.

LA TORRE DE ZARAGOZA.

(Véase la p. 215.)



La torre de Zaragoza.—Dibujo de Blanchard.

GRACIELA,

POR

M. A. DE LAMARTINE.

(Véanse las pág. 181, 188, 194, 202 y 213.)

Arrastré algunos dias esta tristeza de calle en calle, de teatro en teatro y de lectura en lectura sin poder desprenderme de ella. Caí malo con la enfermedad que se llama mal del país. Mi cabeza me pesaba, mis piernas no podían lle-

T. III.—PARIS.—IMP. BLONDEAU.

varme: estaba pálido y descompuesto, no comía ni bebía; e silencio me ponía triste, el ruido me hacía daño, y pasaba las noches sin sueño y los dias tendido en mi cama, sin tener ganas ni fuerzas para levantarme. El anciano pariente de mi madre, el único que habría podido interesarse por mí, había ido á pasar algunos meses á treinta leguas de Nápoles en los Abruzzos, donde pensaba establecer unas manufacturas. Mandé que viniera un médico, vino, me miró, me tomó el pulso y me dijo que estaba sano. Lo cierto es